



MEDITERRÁNEO, UNA HISTORIA DE CONFLICTOS

DE LA DIFÍCIL UNIFICACIÓN POLÍTICA DEL *MARE NOSTRUM* EN LA ERA CLÁSICA (¿Y HOY?)¹

LUCIANO CANFORA

LA LACERACIÓN ORIGINARIA DEL MEDITERRÁNEO. El arduo proceso de unificación del Mediterráneo se remonta muy atrás en el tiempo. Sin embargo, para abordar este tema, resulta útil tomar como punto de partida una noticia que ha estado ante nuestros ojos, respecto a la experiencia cotidiana, durante 2015. Los periódicos más respetados nos ofrecieron, en ese momento, un espectáculo curioso y al mismo tiempo instructivo.

Existe, en el Mediterráneo, una gran potencia a caballo entre Europa y Asia: la república turca. La cual ha vuelto gloriosamente a llenar los titulares porque, tras cierto período de ambigüedad (así al menos lo ha descrito la prensa principal), ha decidido combatir al *Califato*. ¿Es una noticia verdadera? Aparentemente sí, aunque en realidad, analizándolo mejor, se trata de un movimiento de una ferocidad sin precedentes, ya que la república turca, en la actualidad tendenciosamente sanfedista, si bien no tan laica como cuando surge con Kemal Atatürk, está dispuesta a aplastar a una minoría étnica y cultural, la kurda, la fuerza más opuesta al oscurantismo del Califato. Ha decidido, por tanto, *simular* una lucha contra el enemigo al que todos le pidieron combatir, comenzando, de hecho, a perseguir de nuevo al pueblo kurdo. Es un acontecimiento horrible, que además conlleva la responsabilidad de las grandes potencias, tanto lejanas como cercanas. La república turca, que surge tras el final del Imperio Otomano, es hoy el centro de la política mediterránea: podría decirse que es la mayor potencia sectorial, regional, del Mediterráneo.

En este punto, sin embargo, hay que dar un peligroso salto hacia atrás, cuya oportunidad nos ofrece el primer texto conservado que ha llegado hasta nosotros de la literatura occidental, la *Ilíada*. ¿No nos habla esta obra de una dilatada guerra entre Occidente y los que podríamos definir como los antepasados de los turcos, entre los aqueos y el reino de Príamo en la Tróade (la actual Turquía septentrional)? ¿Debería ser considerada el origen de la historia de división, de separación y de conflicto que ha caracterizado siempre al Mediterráneo?

En pleno siglo XVIII, un agudo crítico inglés escribió de una manera aparentemente paradójica: “La batalla de Maratón es más importante para la historia inglesa que la batalla de Hastings”. Aquel crítico pretendía defender que el conflicto greco-persa, mantenido durante demasiado tiempo (de la revuelta jónica al 478 a. C.),

¹ Publicación original: LUCIANO CANFORA, 'Mediterraneo. Una storia dei conflitti', Castelvecchi Editore, Roma, 2016. Agradecemos la autorización de L. Canfora para la traducción y publicación del artículo en *La torre del Virrey*.



representa para la civilización de Occidente la etapa fundamental, mucho más importante que las etapas específicas de la historia de los grandes países occidentales. En cuanto los griegos dieron forma a una epopeya nacional que tenía como objeto precisamente el conflicto greco-persa, y asumía la guerra de Troya como un modelo remoto en el tiempo, el primer gran encuentro entre el mundo griego y el mundo bárbaro,² este conflicto —que en el relato de Heródoto se convierte incluso en el fundamento de la historiografía occidental— es proyectado hacia atrás en la guerra de Troya y, hacia adelante, como la principal dicotomía ante la que se hallaba el mundo civilizado.

Ahora bien, cuando reflexionamos sobre esta línea interpretativa llena de conflictos —la lejana y sin embargo histórica guerra por la conquista de la ciudad de Príamo y su subsiguiente proyección histórica en el conflicto greco-bárbaro—, resulta evidente la profunda laceración que caracteriza, *ab origine*, la realidad mediterránea.

COMO RANAS ALREDEDOR DE UNA CHARCA. Platón escribe, en un pasaje famoso del *Fedón* (109 b), que el Mediterráneo es solo una pequeña parte de la tierra, donde “habitamos como hormigas o ranas alrededor de una charca”. Platón tenía una visión muy amplia de la realidad, incluso de la geográfica. Sus viajes a Egipto no son una invención, sino que conforman casi con toda probabilidad una etapa real de su biografía. Tenía una mirada desinteresada hacia ese microscópico rincón del planeta, con respecto al conjunto, tan conflictivo. Las ranas alrededor de la charca representan el eterno conflicto que se desata y se desarrolla en esta zona del mundo.

Ahora bien, más allá de la típica mitificación de la autorrepresentación del mundo griego, existe otro aspecto de esa realidad que podríamos definir como “real-político”. ¿Cómo se llega, en efecto, al conflicto greco-persa? A través de un acontecimiento muy conocido: los griegos de Asia se rebelan contra la autoridad de los sátrapas, que imponen su predominio por orden de Darío, el Gran Rey que se encuentra distante, en Ecbatana, entre los ríos Tigris y Éufrates, y que sin embargo gobierna hasta las orillas del Egeo.

Los griegos de Asia se rebelan y su rebelión termina en tragedia, pero Darío, cuyas palabras han quedado registradas en los famosos epígrafes rupestres, decide castigar a los griegos que instigaron la revuelta. Es la primera invasión: el 490 a. C. La segunda, diez años más tarde, resulta mucho más comprometida. El inmenso ejército descrito por Heródoto, tal vez exagerando las cifras, representa un peligro efectivo para la supervivencia, por ejemplo, de la ciudad de Atenas, la más grande y rica de la península. En aquel momento Atenas, por iniciativa de un excelente político que responde al nombre de Temístocles, toma una decisión impactante: dejar la ciudad y refugiarse afuera, en la isla de en frente y en los barcos, con tal de que el adversario se encuentre en una posición complicada, desfavorable. De ahí resultaría la victoria naval de Salamina y la huida de la gran armada persa, que regresa perseguida por el ejército panhelénico vencedor.

En este punto debería haber comenzado una guerra helénica contra Persia para liberar a los griegos de Asia, los esclavos del Gran Rey, pero la operación fracasa rápidamente a causa de la debilidad interna de la coalición panhelénica. En su interior nace en realidad un imperio, el imperio de Atenas para ser precisos, que Esparta no reconoce, y surge entonces un conflicto interno a Grecia que paraliza el gran plan de liberación de los griegos de Asia, arrastrando en cambio a las potencias continentales griegas a un conflicto autodestructivo.

² El modelo era: Asia igual a barbarie y esclavitud; Grecia igual a libertad e individuo.

Al comienzo de este choque las dos potencias rivales, a punto de iniciar un largo conflicto, piden ayuda a Persia. Aquí reside el otro aspecto real-político que mencionaba.

Por tanto, por una parte está la narración, la historia sagrada del mundo griego —el eterno enemigo, el bárbaro al que derrotar, el reino de la esclavitud— y por otra está la centralidad efectiva del interlocutor extranjero en los equilibrios que se dan en el conflicto entre griegos.

DE ORIENTE A OCCIDENTE, UNA HISTORIA DE CONFLICTOS. Hasta ahora nos hemos centrado en una zona reducida del Mediterráneo: ya sea Agamenón conduciendo a los aqueos para expugnar, después de diez años de asedio, la ciudad de Troya o ya sean las dos expediciones antigriegas dirigidas primero por Darío y después por Jerjes, nos hallamos de hecho en la región oriental. ¿Acaso las grandes potencias que se asomaron a aquella zona ignoraban a Occidente? ¿Fue una separación completa? Ciertamente, no.

Todavía no hemos mencionado la que fue durante mucho tiempo (hasta bien entrado el siglo IV) la gran potencia occidental: Siracusa. Siracusa es una potencia tan consolidada que, cuando los griegos piden ayuda contra Persia, quiere asumir el liderazgo del conflicto. Está gobernada por tiranos, esto es, por personalidades fuertes que provienen de largas carreras militares de fortuna y que dominan una ciudad en permanente conflicto con otro mundo definido como “bárbaro” de acuerdo con los parámetros griegos: Cartago.

Sicilia es, en aquel momento, mitad griega y mitad cartaginesa. Cartago, es decir, la Túnez de hoy, se encuentra a dos pasos y tiene objetivos imperialistas para toda la isla; por el contrario, los tiranos de Siracusa quieren liberar por completo a Sicilia de los cartagineses.

El conflicto está en Oriente y en Occidente, pues; existen las grandes potencias en la Grecia continental —especialmente Atenas dominando los mares— y una gran potencia también marítima, Siracusa, en el Mediterráneo occidental. ¿Qué tipo de contrato se crea entre las dos partes? Se trata, sin duda, de una relación de tipo conflictivo.

La gran expedición contra Siracusa que el historiador ateniense Tucídides relata en su obra, en dos libros de elevado carácter dramático, es solo el episodio mejor conocido del objetivo ateniense de atacar a Siracusa para extender a Occidente su propio dominio. Por otra parte, la colonización griega llegó al sur de Francia, Marsella, y las avanzadillas llegaron incluso a la costa meridional de España; así que los griegos eran muy conscientes de la realidad del Mediterráneo occidental. Pero en el plan estratégico, primero de Pericles y después de su sobrino Alcibíades, destacaba la idea de que era necesario atacar a Siracusa para ampliar el dominio marítimo, económico y comercial de Atenas a todo el Mediterráneo mediante una guerra contra la gran potencia occidental.

El panorama es dramático y muy complejo, por lo que hay que comprender tanto el conflicto entre las dos realidades no griegas —Persia y Cartago— como la tensión entre griegos, entre las grandes potencias de la Hélade y de Sicilia, ambas en guerra. Lo que nos deja un cuadro definitivamente austero.

En este universo, que se caracteriza por la pérdida constante de vidas humanas —una caída demográfica acentuada al final del siglo V a. de C. que continúa en el IV—, en este escenario de decadencia y, en última instancia, de autodestrucción, se inserta aproximadamente en la mitad del siglo III la potencia de Roma, que interviene en el conflicto entre las potencias mediterráneas porque un gran soberano helenístico,

Pirro, el rey de Epiro, ayuda, sin éxito, a Tarento, una poderosa ciudad de la Magna Grecia con la que Roma está en guerra.

Es la primera vez que se produce un choque entre una potencia emergente en Occidente, Roma, y el gran heredero de Alejandro Magno, puesto que Pirro es uno de los grandes monarcas que emergen de la fragmentación del imperio de Alejandro.

El nombre de este meteorito de la historia de nuestro Mediterráneo, un hombre que vivió poco más de treinta años que sin embargo cambió la historia de su tiempo, nos obliga a detenernos para reflexionar sobre un problema al que los historiados romanos también tuvieron que enfrentarse.

SI ALEJANDRO HUBIERA ATACADO A ROMA... Alejandro conquistó Oriente, llegó hasta el río Indo y helenizó Afganistán, Irán y Egipto, pasando por una etapa intermedia anterior al ataque a Darío. ¿Habría podido atacar a Occidente? En los tiempos de Augusto un gran historiador devoto del emperador, Tito Livio, del que se han conservado muchos libros, pero lamentablemente no los relativos a su historia contemporánea, se plantea este problema: ¿qué habría sucedido si Alejandro hubiera atacado a Roma? Es un tema de historia contrafactual: cuál habría sido el desarrollo de un acontecimiento que no ocurrió.

Como decíamos antes, el choque contra Pirro representa, en cierto sentido, una especie menor de aquello que nunca sucedió, esto es, de un ataque eventual de Alejandro Magno a Occidente. La pregunta sigue teniendo sentido.

Figura inquietante, demoníaca, exagerada en cada una de sus manifestaciones, así como en el modo dramático en que murió —su final desproporcionado desde todo punto de vista—, Alejandro transformó el mundo iraní y el mundo egipcio en una parte de la grecidad. Creó aquello que los historiadores modernos, del siglo XVIII en adelante, llaman el helenismo, esto es, la mezcolanza de una cultura inicial, la griega, con dos altas culturas antiguas, la persa aqueménida y la egipcia faraónica. Podríamos decir que, con el helenismo, Alejandro creó el mundo moderno.

Roma aflora en la cultura convirtiéndose en una ciudad helenística. Así que Roma, a pesar de que no hubo un contacto directo, tiene un problema respecto a Alejandro. A aquella pregunta contrafactual Livio responde que Alejandro habría perdido porque tenían excelentes cónsules que hubieran ganado en el campo; no hay ningún problema, entonces.

Esta pregunta recorre la civilización occidental durante mucho tiempo. Basta un solo ejemplo que me parece bastante significativo.

En la *Monarquía* de Dante —un tratado de una eficacia tan extraordinaria que fue incluido en el *Index Librorum Prohibitorum* tan pronto como fue impreso, a comienzos del siglo XVI, por impresores protestantes— se sostiene la tesis de que el imperio, un imperio universal que tiene a Roma como epicentro, es la única forma política posible, aceptable. Este debería ser completamente independiente del poder eclesiástico, porque de otra manera se produciría una subordinación intolerable (y de ahí la razón de que el tratado fuera incluido, al final, en el Índice).

En este marco, Dante cuenta como si se hubiera desarrollado a lo largo del tiempo la idea de un imperio que unificase el mundo, digamos, el Mediterráneo y la Europa franco-germánica. Algo que intentó Nino en los tiempos de los asirios; lo intentó Alejandro Magno...

Dante se sirvió de las fuentes latinas, medievales o de la antigüedad tardía, Orosio y otros que se pasan por alto. Pero resulta curioso cómo conoce una versión original de la leyenda del encuentro o choque, omitido, entre Roma y Alejandro: que Roma habría aceptado, por así decirlo, someterse al gran soberano macedonio, pero

que cuando los embajadores romanos estaban a punto de llegar a Alejandro, él estaría ya muerto.

No nos preguntamos cuáles pueden ser las fuentes que le sugirieron a Dante esas noticias ausentes en Livio (por mucho que él afirme: “como dice Livio”). Es importante, no obstante, ver cómo la problemática del Oriente griego, que podría haber invadido y sepultado la realidad romana, continúa en el tiempo hasta llegar a la reflexión sumamente original que Dante confía a su tratado más elaborado en prosa latina.

ROMA UNIFICA EL MEDITERRÁNEO. Resulta evidente que, para el desarrollo de la potencia imperial romana, el enfrentamiento militar con la realidad que surge del imperio de Alejandro fue una etapa obligada. Podría decirse que Roma unificó por primera vez el Mediterráneo.

Todos los experimentos y experiencias mencionados hasta ahora, aunque sea de manera sumaria, tienen un carácter divisorio: los griegos contra los persas, los griegos divididos entre sí, los griegos contra los cartagineses, Atenas contra Siracusa. Roma recomponerá esta realidad fragmentada: tanto la parte occidental, después de un largo conflicto, que dura prácticamente setenta y cinco años, contra Cartago, que le permite a Roma ocupar Cerdeña, Sicilia, la España meridional y la costa del norte de África; como luego Siria y Macedonia, que podía ser considerado el más grande y poderoso Estado helenístico tras la ruina del imperio de Alejandro. Por tanto, la unificación mediterránea tiene un protagonista en la historia conocida para nosotros y es precisamente el plan romano, desarrollado en una forma nueva respecto a los experimentos precedentes.

La zona mediterránea oriental ya vio dos modelos imperiales anteriores al romano. Uno es, obviamente, el imperio ateniense, fundado en una alianza paritaria que se transforma enseguida en el dominio de una gran potencia sobre los aliados convertidos en súbditos. El fundamento de este imperio consiste en el pago de un tributo y en la imposición a las ciudades aliadas de un régimen político semejante al ateniense. El otro modelo, digamos, es el espartano, que no es un imperio estructurado formalmente como el ateniense, sino que se funda en la primacía militar, indiscutible, en la guerra terrestre.

Roma introduce una estructura moderna —por lo que hay un centro de poder, que después de la guerra social consiste en Italia entera, desde el Po hacia abajo, junto a una serie de provincias estructuradas en un modo burocráticamente complejo— que está vinculada a la alternancia de los magistrados que ejercitan el poder en Roma y, una vez finalizado el cargo, han de cubrir de nuevo el puesto en la provincia, compensados por la explotación de las poblaciones sometidas y, al mismo tiempo, por la constante presencia militar.

Así que el modelo de los imperios modernos, el imperio británico y el francés, es el imperio romano. Egipto se quedó fuera hasta el 31-30 a. C.

Egipto es una realidad muy interesante. Es tanto el último de los reinos helenísticos como el más antiguo que existió antes de la empresa de Alejandro Magno. Estuvo gobernado por personalidades de diferentes naturalezas y virtudes, algunas escasas y otras geniales, de las cuales la última fue Cleopatra, una persona con un inteligente plan político que supo intervenir en las guerras civiles romanas con habilidad notable hasta el último acto, a saber: el error de cálculo al considerar a Marco Antonio un general mejor dispuesto que Octaviano. Lo que causó la pérdida de la autonomía de Egipto. Aquella valoración no sería del todo desacertada si no fuera

porque Octaviano tenía a su vez un óptimo general en la persona de Agripa, que acabó predominando en la batalla de Accio.

Apiano de Alejandría, un historiador egipcio de los tiempos de Marco Aurelio —por tanto de un siglo y medio después— sigue llamando a los Ptolomeos, de los que Cleopatra era el último representante, “mis reyes”. Estamos a finales del siglo II d. C. Resulta un testimonio interesante porque adopta un elemento que permanece a menudo en la sombra: la realidad egipcia que es absorbida por el imperio influye en varios aspectos de la realeza imperial romana hasta tal punto que Augusto decide que aquella provincia es su propia responsabilidad.

De hecho, Augusto separó el imperio en las provincias del *prínceps* y las provincias del senado; solamente las del *prínceps* tienen las legiones, algo que señala una gran diferencia. Egipto es suyo y resulta, en cierto sentido, el ojo de esta inmensa construcción. Alguno de los hombres que enviaría a gobernar Egipto, pensando que estaba en condiciones de convertirse en un soberano, perdió la cabeza y fue aniquilado. Egipto es la última adquisición, pero también la más inquietante y significativa desde el punto de vista cultural.

¿Cuánto duró esta realidad? Cabalgamos entre los siglos y llegamos poco a poco a los nuestros.

DOS ETAPAS DE UN CAMINO MILENARIO. Yo diría que hay dos etapas, en esta historia casi milenaria, que merecen recordarse y que se oponen entre sí.

A finales del siglo III d. de C., tras una dura crisis que se prolonga por todo el imperio, una personalidad extraordinaria desde el punto de vista de la capacidad militar y política, sumamente desenvuelto desde el punto de vista de la insensibilidad al mundo cultural, Aureliano, en el cargo del 270 al 275, se encuentra ante la primera gran cesura del Mediterráneo, el reino de Palmira.

Palmira —que recientemente regresó a los titulares debido a la destrucción operada por ISIS, un lugar de una importancia cultural, arqueológica e histórica extraordinaria— era, a finales del siglo III d. de C., la capital de un gran reino que estaba dirigido por una reina visionaria, Zenobia. Aprovechando la crisis del imperio romano, Zenobia creó una realidad alternativa, desde la península arábiga hasta Siria y Egipto, cuyo epicentro era Alejandría.

Aureliano, quien en principio debía pactar con Zenobia, la traicionó y, atacándola en el campo de batalla en una guerra feroz, llegó a Alejandría y destruyó el palacio real que habría construido el propio Alejandro Magno, aunque probablemente fue construido por los primeros Ptolomeos. En este descomunal palacio, que equivalía a un barrio entero de la ciudad de Alejandría, estaban la Biblioteca y el Museo —joyas de la cultura helenística— que Aureliano arrasó hasta los mismísimos cimientos, reconquistando la unidad mediterránea bajo el signo de Roma.

Se trata, si queremos, de un primer momento en que la crisis se vio superada tanto por la brutalidad de una guerra destructiva como por la recomposición de la unidad imperial.

La otra etapa es, en cambio, la elección de Constantino —estamos ya en el siglo IV— de desplazar la capital llevando al Bósforo la segunda Roma. Comienza con él una fase histórica en que el Imperio cambia de naturaleza. Se cristianiza. La estructura política se mantiene, pero la cultura se transforma y con ello la escala de los valores.

Es un proceso que desemboca de manera directa en la intolerancia religiosa: la imposición por parte de Teodosio del cristianismo como la religión del Estado (mientras que Constantino toleraba la diversidad religiosa). Teodosio deja a sus herederos el Imperio dividido en dos *partes*, la *pars orientis* y la *pars occidentis*. En

este punto el Mediterráneo se separa de nuevo en dos mundos que siguen dos caminos y dos historias diferentes.

Paradójicamente, la más duradera es la *pars orientis*, ya que desde los tiempos de Teodosio hasta la toma de Constantinopla por los turcos en 1453 ha resistido el paso del tiempo durante mil años, una duración única en el ámbito de los imperios de los que tenemos noticia. La parte occidental, en cambio, sigue una evolución distinta por diferentes factores, incluida la responsabilidad de una clase dirigente senatorial que no es capaz de absorber el cristianismo, que siguió oponiéndose al poder imperial, contribuyendo a su desintegración. Así es como sigue otro camino que lleva a los reinos romanos bárbaros, o sea, a los Estados nacionales *in nuce*, que están en conflicto entre sí y que caracterizarán a nuestro Occidente a lo largo de la era moderna.

LA VICTORIA DEL ISLAM. Esta fractura, prolongada en el tiempo, se encuentra con otra. La historia mediterránea se divide no en dos sino en tres partes, considerando un gran acontecimiento, esto es, el episodio histórico que determina la zona mediterránea de la que todavía hoy somos parte y testigo: la victoria del Islam.

Hay un libro decisivo, que escribió el famoso y merecidamente célebre historiador belga Henri Pirenne, titulado *Mahoma y Carlomagno*,³ que gira en torno a un acontecimiento sumamente fértil desde el punto de vista de la comprensión histórica, esto es, la extraordinaria victoria del Islam, veloz e irresistible, capaz de conquistar progresivamente Siria, Palestina, Egipto, Libia, el Magreb y la España meridional.

Un avance arrollador, en muy poco tiempo, divide el Mediterráneo en dos. La parte que nosotros llamamos el Mediterráneo meridional, la que está fuera de Europa, en la otra orilla del mar, se convierte en el epicentro de una nueva realidad con la que tiene que lidiar el Imperio bizantino por un lado y los reinos occidentales por otro. De hecho, para estos últimos el problema es aún más delicado porque, desde la España musulmana, la vía a Francia, al reino de los francos, es una vía inminente y amenazadora.

Esa división parece natural para nosotros los modernos porque convivimos hace mucho con la idea de un Mediterráneo dividido en dos orillas que corresponden a dos religiones, a dos culturas, a dos mentalidades diferentes. Sin embargo, hay que reducir esta fractura.

¿A qué se debe este gran éxito, que desborda una realidad aparentemente tan dura? El Islam es conquistador y fomenta un proselitismo irresistible que promete algo que la realidad imperial romana ya no está en condiciones de garantizar, como por ejemplo la libertad de los que trabajan la tierra: entregar la tierra a los que la ocupan.

Así que el rápido avance que el Islam puede llevar a cabo resulta subversivo. Pero aquel mundo, el mundo en que Agustín, obispo de Hipona, fue un faro del pensamiento —se encontraba allí a dos pasos de Cartago—, el mundo del que proviene la dinastía africana que reinó en Roma, la de los Severos, no solo era parte del Imperio, sino que era la parte más culta. Cuando los árabes conquistan primero Damasco, después Jerusalén y luego Alejandría, le quitan al Imperio bizantino las provincias más avanzadas, llenas de libros, colmadas de cultura.

Si se produjo una fisura, aquella confusión cultural por la que se habla de los “siglos oscuros” —solo en el siglo IX comienzan a copiarse los textos, a leerlos y entenderlos— se debe precisamente a este hecho.

³ HENRI PIRENNE, *Maometto e Carlomagno*, Laterza, Roma, 2007 (*Mahoma y Carlomagno*, trad. de Esther Benítez, Alianza Editorial, Madrid, 2019).

Asimismo, no hay que olvidar que la conquista árabe se ha caracterizado por un proceso extraordinario de asimilación de la cultura griega. Se habla con justicia del helenismo como una mezcla greco-iraní, pero hay otro helenismo, el que el mundo árabe e islámico, crearía por asimilación de la cultura griega, sobre todo filosófico-científica, pero también historiográfica. Hay rastros de todo ello, de los libros que se han conservado. Uno de los muchos que querría recordar tiene un título curioso, se llama *El catálogo*, en árabe *Kitāb al-Fihrist*.

Se trata de un texto que escribió un bibliógrafo, un hombre que se encargaba de archivar los libros en Bagdad a comienzos del siglo X. El séptimo capítulo, demasiado largo, de aquel catálogo, estaba dedicado a los libros griegos que fueron traducidos al sirio o al árabe, y allí vemos cómo Hipócrates, Aristóteles y Galeno pasan a la cultura islámica gracias a esta inmensa obra de traducción. Resulta curioso advertir cómo Aristóteles regresa a Occidente. Es un camino mediterráneo, si queremos decirlo así, porque el griego se traduce al sirio y al árabe y del árabe al latín; por lo que Tomás de Aquino lee a Aristóteles en un latín que tal vez no proviene del griego de manera directa. Pero Tomás es único y construye la *Summa Theologiae* trabajando en un Aristóteles de tercera mano, que pasa por los árabes y, gracias a ellos, regresa a Occidente, por ejemplo, a la España meridional.

Este marco de carácter dinámico sufre un gran trauma con la conquista turca en detrimento del Califato de Bagdad. Los historiadores árabes cuentan que el río Tigris se tiñó de negro por la cantidad de libros que los invasores tiraron en los ríos, arrasando la maravillosa joya cultural que era Bagdad, donde los traductores de todas las lenguas y en todas las lenguas trabajaban en la “Casa de la Sabiduría”.

La ocupación turca representa una cesura histórica estremecedora que sustituye el dominio del Califato sobre el mundo mesopotámico y norteafricano y golpea al final el corazón del Imperio bizantino con la caída, en 1453, de Constantinopla.

UNA HISTORIA LLENA DE CESURAS. Esta historia tiene, por así decirlo, un segundo tiempo. Es una historia que llega —como intentaba decir, si bien de manera sumaria— a una cesura, a una división. ¿Cuándo se propone de nuevo el intento por unificar esta realidad?

Podría decirse que ya sucedió con el mito de la cruzada, que trataba de restituir la cristiandad entre los infieles. Aunque en realidad las cruzadas son una cuestión mucho más turbia y complicada. La cuarta cruzada, en lugar de dirigirse a Jerusalén, se desplaza a Constantinopla e interrumpe durante sesenta años la vida del imperio griego en Bizancio.

Tras siglos de Europa dividida, desgarrada por las guerras de religión, nacen los imperios coloniales modernos para intentar llevar a cabo la reunificación del Mediterráneo mediante un avivamiento tardío de la realidad imperial romana. El proceso tiene una fecha de inicio noble: la expedición de Bonaparte a Egipto.

Ataca al imperio otomano en el punto neurálgico. ¿Qué gran potencia se moviliza para aplastarlo? Inglaterra. La cual salva al Imperio otomano del ataque que el general Bonaparte le infligió con la idea de liberar a Grecia de la sujeción a Turquía.

Pero el verdadero nacimiento de los imperios coloniales en la zona mediterránea es el desembarco francés en Argel en 1840. La conquista de Argelia es el origen de la parcelación del mundo mediterráneo entre Francia, que mira a la zona magrebí, e Inglaterra, que trata de apoderarse del Imperio otomano en Egipto y después en Sudán. Los dos imperios tendrán un momento de brusca colisión entre sí, el famoso incidente de Fachoda (1898) en que Francia está obligada a retirarse e

Inglaterra se establece, durante mucho tiempo, en Egipto y en Sudán con la intención permanente de penetrar en el débil cuerpo del Imperio otomano.

1918 es otra fecha histórica debido a que señala el final de cuatro imperios. Colapsan, en un sentido prácticamente contemporáneo, el Imperio otomano, el Imperio austrohúngaro, el Imperio alemán y el Imperio ruso. Por ello, ese año puede considerarse el comienzo de la historia en la que todavía vivimos.

La caída del Imperio otomano determina la mezcla radical de la geografía del Mediterráneo y constituye el epílogo de lo que durante décadas ha sido “la cuestión de Oriente”.

El proceso de demolición de esta ruina, de esta herencia del pasado, tiene una doble cara. Por una parte, el impulso desde dentro hacia la modernización de la realidad arcaica del Imperio: el movimiento nacionalista de Kemal, un movimiento laico del que nace la Turquía moderna y del que se distancia la Turquía ultramoderna que vemos hoy operar en el modo como esbozaba al inicio.

Por otra parte está la derrota militar de los imperios centrales a los que el Imperio otomano se vinculaba en la Gran Guerra de 1914 a 1918. Tan pronto como esta realidad se desmorona, las grandes potencias, Francia e Inglaterra, se reparten los pedazos y planifican sobre el mapa, con una regla, las fronteras de los Estados que nacen de su descomposición. ¿Por qué las fronteras de Irak o de Siria, son geométricamente perfectas? Porque son estados que se han trazado en abstracto, en un reparto exacto de los restos del Imperio otomano.

Algo que no está exento de consecuencias. Esta operación, calculada en 1918, sienta las bases, en los años siguientes, de un fenómeno en el que todavía nos encontramos hoy y del que no vamos a salir indemnes. En toda esta historia existe un sujeto que sufre, un sujeto que dejamos al comienzo de nuestra narración: Grecia, que se encuentra en guerra con la recién nacida Turquía republicana cuando la guerra mundial ya ha terminado, abandonada a sí misma en este conflicto sin rumbo, origen del conflicto griego-turco, aún sin resolver.

Pensemos en la situación de la isla de Chipre, dividida desde que Turquía quiere ocupar una parte. Grecia es la víctima de las grandes potencias occidentales. Lo fue cuando se impidió que Napoleón atacara el Imperio otomano y después de la Revolución, cuya liberación se debe a la lucha de los partisanos *clefti*, que lucharon a favor de la independencia y de la religión ortodoxa y en contra del dominio turco. Cuando finalmente tuvo lugar la Revolución, las potencias occidentales colocaron en el trono griego a personas de su confianza, soberanos elegidos por una casa real alemana.

Esta historia, llena de altibajos, se prolonga hasta el momento en que, en pleno siglo XIX —otra etapa trágica de la historia griega en el centro del Mediterráneo—, después de una terrible lucha contra el invasor alemán y el invasor italiano, el movimiento de liberación griego combate a las tropas inglesas, situación que dura hasta el comienzo de los años 50. Se trata de una guerra civil espantosa, puesto que Grecia no estaba en condiciones de ejercer la autodeterminación. Las personas de cierta edad recordarán que solo a mediados de los años 60 se permitió que los griegos eligiesen un gobierno libremente, en un acto de autonomía: el primer gobierno del anciano Geórgios Papandréou.

Al año siguiente se impusieron los Coroneles porque los griegos daban problemas y probablemente no les agradaba ser parte de ese pacto greco-turco-yugoslavo al que los Estados Unidos los obligó para constituir un cordón que conectase el pacto atlántico con el pacto del sudeste asiático.

De hecho, después de darse a sí mismos un gobierno, Grecia no estuvo dispuesta a permanecer en aquella jaula, y es en este contexto donde intervienen los Coroneles, que gobernaron larga y brutalmente con la bendición, una vez más, de algunas grandes potencias occidentales, no precisamente inocentes, como en este caso los Estados Unidos de América y sus servicios secretos.

UN VIAJE A TRAVÉS DE LOS MILENIOS. Llegamos a la conclusión de nuestro viaje a través de los milenios. En este punto no deberíamos ignorar una etapa reciente, objeto ya de una retórica penetrante: el fenómeno de las “primaveras”.

Se trata, de acuerdo con una visión idílica, de un momento feliz que llevaría a coronar, en cierto sentido, la reunificación del Mediterráneo en un espíritu de libertad. Aunque se haya expuesto de este modo, lamentablemente la realidad es muy distinta: sean las “primaveras” fruto de movimientos espontáneos o dirigidos, han caído demasiado pronto bajo el dominio de fuerzas más influyentes. Así que el escenario del Mediterráneo que se encuentra ante nuestros ojos — o mejor la parte del Mediterráneo que no pertenece a la Unión Europea— es en este momento un teatro de tensiones violentas, de conflictos inagotables, para los que las potencias occidentales se proponen hallar una solución después de haber producido las causas ellas mismas. Cuando observamos el mapa, basta con pasar desde el mundo más cercano a nosotros de Libia al mundo un poco más lejano de Siria.

El episodio sirio resulta, en mi opinión, el más significativo, en tanto que enmascara en cierto sentido la retórica que padecemos en los últimos años.

En el mundo mesopotámico —en Irak, en Siria, durante cierto tiempo también en Egipto— se desarrolló un movimiento laico conocido como Baaz, el socialismo árabe, que llevó al poder a las castas militares, esto es, a grupos dirigentes del ejército. Se trataba del sujeto político más moderno en esa sociedad, así como el más vulnerable a las ideologías externas.

El gobierno de Siria es, en este momento, el último representante de esa realidad. Se describe como el gobierno de la tiranía, de la残酷, y seguramente no es un gobierno agradable o sumiso, pero hoy podemos constatar, después de cuatro años de guerra civil a la fuerza, que las fuerzas que tratan de derrocar a ese régimen político laico están vinculadas al fundamentalismo extremo, el más brutal, del que todos nos proclamamos duros críticos y enemigos.

Por lo que deberíamos tener la coherencia necesaria para recuperar la unidad laica de este tan desafortunado mar, tratando de mantener la objetividad incluso respecto a los regímenes políticos que enfangamos injustamente.

Traducción de Antonio Fernández Díez